

1.- Comentario a las lecturas. Nada hay peor que la ignorancia y no hay peor ignorancia que no conocer lo que está bien y lo que está mal. Aquí está el origen de todos los males que estamos padeciendo en el mundo, no solo desde ahora sino desde Adán y Eva, o sea, desde que el Maligno consiguió engañarnos y hacernos perder a Dios, pero Él, a través de la fe, te ilumina la conciencia para que puedas conocer la verdad. Es cierto que esa verdad la llevamos inscrita en el corazón desde que nacemos y que es lo que se llama Ley Natural, pero está tan oscurecida y tapada por nuestros pecados, por la cultura en la que nacemos y la mentalidad del mundo, que no somos capaces de darnos cuenta de que estamos engañados. Por eso Jesucristo uno de los milagros que hizo en numerosas ocasiones fue dar la vista a los ciegos para mostrarnos que, como dijo en otra ocasión, que quien lo siguiera no caminaría en las tinieblas (Jn 8,12).

Y en este punto nos podemos preguntar y ¿Cómo nos podemos encontrar con Jesucristo para que así Él nos quite la venda que llevamos en los ojos? La respuesta está justo lo que hace S. Juan Bautista antes de decir lo que leemos hoy. Y ¿Qué hace? Pues muy sencillo: predicar; porque, como dice S. Pablo “La fe vienen por la predicación” ¿Por qué la gente le pregunta compungida al Bautista “¿Qué debemos hacer”? Porque antes han escuchado su predicación. (Lo mismo nos narran lo hechos de los apóstoles cuando S. Pedro predicó la resurrección de Jesús el día de Pentecostés, que le preguntan ¿Qué hemos de hacer hermanos? ...” (Ver Hc 2, 37ss). Por eso una de las cosas que más urge hacer en la Iglesia, y no solo para los no creyentes, también para los creyentes y practicantes, es: escuchar a Dios en sus corazones. Porque hasta ahora en gran parte de la Iglesia lo único que hemos hecho ha sido consumir sacramentos, o sea, reducir nuestra vida de fe a ir a misa los domingos y rezar algunas oraciones; pero de catequesis y formación nada de nada o, como máximo, una simple pincelada hace ya muchos años para preparar la primera comunión y, en algunos casos, la confirmación. Mi experiencia es que mi vida cambió cuando escuché a Dios a través de unos catequistas. Yo, iba a misa y pedía a Dios, pero, en realidad, no lo conocía, no tenía fe.

La predicación de Juan, como dice el evangelio de hoy dejaba “expectantes” a sus oyentes, o sea, les tocaba el corazón y les llamaba seriamente a conversión. Porque “La Palabra de Dios es viva y eficaz, más cortante que espada de doble filo”, dice Hb 4,12. Ojalá que en este curso nos dejemos invadir y llenar por la Palabra. Busquémosla; Estará en nuestras reuniones semanales, retiros, formaciones, peregrinaciones... No la descuidemos porque “Ignorar (no escuchar) la Palabra es ignorar a Cristo” (S. Jerónimo).

2.- Sugerencias para el diálogo. 1º ¿Cómo ha sido tu educación en la fe? ¿Ha estado presente en ella la escucha y meditación de la Palabra de Dios?; 2º En Vida Ascendente ¿Has experimentado la potencia de la Palabra que, con el tiempo, te ha hecho cambiar la forma de ver la realidad y a los otros?

3.- Para meditar. “La lectura de la Escritura es la puerta del cielo” (S. Juan Crisóstomo)